

Señoras y señores, buenas noches a todos:

Mi excompañero de estudios y amigo Emiliano Mateo, escribe este año en el libro de las fiestas la siguiente frase: “Aquel que olvida su historia está condenado a repetirla”. Con mi historia quiero comenzar estas palabras no porque huya de la condena a repetirla, sino porque creo que es de justicia que se presente ante ustedes quien hoy tiene el honor de dirigirles unas palabras.

Hace 25 años que vivo en Campillo. La misma edad que tengo. Todavía hay gente que dice que yo no soy campillano. Bueno, creo que esto es muy discutible, sobre todo cuando me lo dice gente que, por necesidad o voluntad propia, hace años que se fue de Campillo. En realidad uno tiene dos caminos para ser campillano: sentirlo, y sentirlo y además vivir el día a día en este pueblo. Yo soy del segundo grupo, y no somos ni mejores ni peores, pero a nosotros nadie puede decirnos que no somos de este pueblo.

Diga quien lo diga, me da igual. El escenario de mi vida ha sido Campillo y me siento un campillano de los pies a la cabeza, de los de la generación del 81. Yo soy de los párvulos de la señorita Coral, de los instrumentos de la señorita M<sup>a</sup> Jesús; de las canciones de la señorita Rosa, de los negativos de Don Alejandro o de las famosas chuletas que algunos le colaban a Don Francisco. Soy de la generación de estar todo el día en la calle, con bicicletas, balones y piedras, jugando al bote-bote y poniéndole un montón de imaginación a la vida; soy de los recreos de Emiliano y de la Carmen, donde pasábamos las tardes hablando, sentados en el suelo detrás del futbolín, ¡y sin móvil!; de la generación que cada noche de verano se iba a los ventorros, no se sabe muy bien a qué, pero allí al fresquito con las chicas (y a oscuras) se estaba de lujo. Los de mi generación, señoras y señores, íbamos a la biblioteca; a armar follón y a quitar la luz, pero íbamos, que era lo importante.

Si teníamos un hobby era el fútbol. Cuando éramos pequeños en España hablaban de Butragueño y de su quinta, que si ganaban ligas como churros, que si eran los mejores... Hasta que llegaba el Milán. Y cada domingo nos llevaban al campo de Campillo y veíamos un campo a tope jugando y ganando en tercera división; y nos gustaba tanto, que cuando teníamos 12 años ya había en Campillo un equipo de infantiles; allí estaba mi generación y otras más, y no conseguimos ganar ni un partido, pero nos hacía muchísima ilusión salir al campo dónde había un árbitro de verdad (o al menos eso parecía), y donde todos íbamos vestidos iguales (aunque fuese de naranja). Fuimos creciendo, y jugando, y ganando muy pocos partidos, hasta crear el Campillo B, donde ya bastante maduritos ganamos algún partido y pasamos algunos ratos inolvidables. Tan inolvidables como las tardes de futbito en es pista roja del campo de fútbol, donde tantos han dejado sus huesos y donde la afición estaba literalmente dentro del campo; ahí sí que era determinante la presión del público; eso sí que era un auténtico campeonato de verano.

Esa es mi generación, tan campillana como ninguna. Este pregón es sin duda un homenaje a la juventud de este pueblo, y yo, si me lo permiten, lo hago extensible a mi generación, porque ellos poco a poco fueron formando parte de mi infancia; algunos se fueron, y sabemos ya poco de ellos; otros todavía están por ahí; con algunos me une una gran amistad. La posibilidad que tengo de dirigirme a ellos no quiero desaprovecharla para decirles que muchos de ellos podrían estar hoy aquí dando este pregón y que sin duda han sido actores importantes de mi vida.

Después llegó el instituto en Motilla, y luego la universidad, en Madrid, donde a muchos de mis compañeros les chocó tanto el nombre de Campillo de Altopuey que decidieron llamarme *Campy*. Y luego le dicen a uno que no es campillano...

Luego tomé una de las decisiones más importantes de mi vida: volver a vivir a Campillo y dedicar todos mis esfuerzos al negocio familiar. No fue una decisión fácil, sobre todo teniendo otras ofertas bajo el brazo, pero creí que continuar junto a mi hermano con todo lo que habían creado mis padres durante toda su vida, era un reto bonito a la vez que complicado, un desafío en el que además podía trabajar desde mi pueblo.

Mis padres comenzaron con Dyzuany hace ya 30 años. Todos ustedes, algunos desde dentro, han visto crecer esta empresa en la que mi familia ha puesto el 100% de sus esfuerzos. Hubo una parte del pueblo que acogió a mi familia y le ayudó a conseguir que hoy seamos tan grandes como hemos podido. Pero otra parte, de muchos y diferentes signos y colores, se ha dedicado durante todo este tiempo a llenar de problemas, obstáculos y mentiras nuestro camino. Solo el ignorante no llega a comprender que el desarrollo de cualquier empresa legal de este pueblo significa desarrollo para Campillo. A pesar de ello, y por increíble que parezca, nos han querido echar. Si les digo esto es porque forma parte de la historia de este pueblo y, ya se sabe, conviene que no la olvidemos. Nosotros no olvidamos, ni lo bueno ni lo malo.

Mi elección como pregonero de las fiestas 2.006 es, como ya he dicho, un homenaje a los jóvenes de este pueblo, pero también es sin duda un reconocimiento a la empresa que siempre ha ido unida a mi persona y a mi familia, y que lleva 30 años participando y aportando cosas positivas a la vida y el desarrollo de Campillo.

Los jóvenes siempre tenemos encomendada una tarea: “ir creando el futuro”. Los que vivimos aquí, los que hacemos, disfrutamos y sufrimos Campillo día a día, en verano y en invierno, tenemos muchos retos por delante, aunque hay uno fundamental: sacar a la política rancia, a la asquerosa, a la que solo busca enfrentar a las personas, sacar esa política de la vida diaria del pueblo. Debemos trabajar con las personas que tienen solo el objetivo de buscar lo mejor para Campillo, sean del signo que sean. Con el esfuerzo de todos y compartiendo ese objetivo, conseguiremos lo mejor para este pueblo y para los que cada día vivimos en él. Debemos apoyar y participar en lo que nos parezca correcto, y rechazar y protestar por lo que nos parece mal y por lo que no guarda respeto a los demás. En nuestra mano está hacer un pueblo mejor.

Mis amigos solo me dijeron una cosa cuándo se enteraron que era pregonero de las fiestas 2.006: “no te enrolles y hazlo cortito” (¡cuánto cariño!). Con su permiso, voy a alargarme un poco más para dedicar este pregón

1. primero, a ellos, porque son parte importante de los acontecimientos que vivo y viviré en Campillo; a mis amigos, a los que están en Campillo y a los que vienen de fuera, gracias por estos y por otros ratos.
2. segundo, a mi familia, porque un día decidieron, cuando todo el mundo se marchaba, venir de Valencia a Campillo, y dejar aquí sus sueños y todos sus esfuerzos.

3. y, por supuesto, a Ana, que sin duda es pasado, presente y será futuro de mi vida en Campillo. Si hoy soy un poco más campillano ella tiene la culpa.

Para terminar, decirles que el pregón de esta noche supone un punto de inflexión en mi vida. Siempre recordaré con orgullo la noche en la que la comisión de festejos de 2.006 decidió que yo fuese el pregonero, que fuese yo quien les acompañara en el inicio de sus fiestas. Mi más cálido agradecimiento. Creo sinceramente que no podía haber unas reinas y damas con las que me hubiese hecho más ilusión ser pregonero; lo mismo con los chicos. A todos les he visto crecer, hacerse mayores, algunos como a Jesús, a quien conozco desde que tengo uso de razón, porque su hermano y yo compartimos miles de momentos... éramos nosotros y el resto de la gente.

A las damas no puedo más que decirles que están guapísimas, que éstas son sus fiestas y que solo deben preocuparse por disfrutarlas, porque para ellas ya no habrá otras como éstas; a la Reina, a Pilar, quiero enviarle especialmente mi cariño y mi más sincero agradecimiento por su simpatía y por la amistad que desde hace unos años compartimos. Nadie más que tú se merecía disfrutar de un momento como éste.

Ahora les toca el turno a ustedes. Es el momento de que visitantes, campillanos y campillanas se reúnan, descansen y compartan estos días que dedicamos a nuestro pueblo y a la Virgen de la Loma. Es ahora cuando debemos salir a la calle y participar en todas las actividades que la comisión ha preparado para nosotros. Esa es la mejor forma de agradecerles el esfuerzo.

Señoras y señores, nos toca disfrutar al máximo durante 7 días de nuestro pueblo.

Que viva Campillo y que viva la Virgen de la Loma.

Gracias y felices fiestas.